

www.elboomeran.com

albert chillón
el horizonte ayer

lucede:gálibo

© 2013, Albert Chillón
© 2013, Luces de Gálibo (Gorbs Edicions SL), Barcelona

Diseño: Ferran Fernández
Maquetación: Zaranda & Jo

ISBN: 978-84-15117-16-2

Depósito legal: G1-301-2013
Imprime: Kadmos
Impreso en España / *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Luces de Gálibo donará el 1 por ciento de los beneficios producidos por la venta de este libro a la ONG Acción en Red.



*Quiero quedarme así, solo, lejano
sin ninguno, sin nadie,
pájaro que en la infinitud del aire vuela,
en el vacío del aire,
hacia el horizonte que jamás se alcanza
y nunca ya poder —quedarme así—
regresar al origen para siempre borrado*

JOSÉ ÁNGEL VALENTE, *Cántigas de alén*,
«Canción del eterno inretorno»

I. Calle Bambú

I

Sé que un día volverás y ya no estaré para recibirte cuando llames a la puerta. Volverás a este piso desde el que te pienso ahora, a las esquinas y las calles, a las plazas por donde anduvimos, juntos o separados pero siempre unidos por un hilo invisible que nadie puede romper. Allí donde estés mi corazón va contigo, aunque no te pares un segundo a pensarlo, el cielo es testigo de que así es. Por más que andes de un lado a otro por esos mundos, el simple hecho de imaginarte me da fuerzas para continuar. Qué vacía habría sido la vida si no hubieras llegado, válgame Dios.

Hace ya muchos años que tengo el sueño ligero, por las noches duermo a trompicones y casi no hay madrugada en la que no vea clarear el día por las rendijas de la persiana, bastante antes de que suene el despertador. Entonces me quedo un buen rato desvelada, arrebujada bajo las mantas porque este piso está expuesto a los cuatro vientos y cuesta levantarse con el relente primerizo, la mirada prendida en el techo mientras me digo: sigues siendo tú, Julia, y estás aquí una mañana más, y ya eres una anciana que vive desde hace demasiado tiempo a solas; pronto hará quince años que tu hijo Manuel se marchó a las quimbambas llevándose sus ilusiones y las tuyas consigo, las esperanzas que se no van a cumplir porque ya va quedándote menos y él no lleva traza de regresar.

Pero sé que volverás aunque yo ya no esté para abrirte la puerta, y que llegará el día en que aparcarás compro-

misos y tareas con tal de acercarte a este sitio que acabará sobreviviéndonos a ambos. Aquí estarás otra vez, buscando el rastro de nuestro paso. De la abuela. De tía Isa y tía Victoria. De mí, sobre todo, que me habré ido la última y no estaré para darte la vara con mis pamemas. Ya te me figuro absorto y callado, los ojos alerta como un sabueso, conteniendo el aliento cada vez que encuentres huellas de aquel antaño en el que fuiste niño e ingenuo. Un señor cano y pasmado que mirará alrededor entre la indiferencia de los vecinos, empeñado en reconocer nuestra presencia en los cantones desconchados y los azulejos sin lustre, en palpar con las yemas el estuco de los bloques y en deshacer los pasos que extravió hace mucho.

Como si las cosas te aguardasen intactas. El puente sobre la riera. La Torre de la Bruja. El colegio donde aprendiste el abecedario y las cuatro reglas. Los descampados donde a las seis en punto tocadas, en cuanto os daba suelta el maestro, los chavalitos jugabais a guá y al trompo, a tocar y parar y a pita. El costillar de hierro de la acería que rechinaba noche y día a tiro de piedra de casa, te quedabas alelado cuando los crisoles al rojo vivo asomaban bajo la cubierta de vigas negras. El mercado adonde me acompañabas a comprar viandas los sábados de atardecida, con la de veces que recorrimos las paradas de la mano hasta que empezó a subírsete el pavo y a darte apuro que nos vieran juntos. Aquel cine enorme y desangelado en el que decía la misa el cura; fue en su platea, que más que a incienso olía a pino de bote y bayeta, donde tras impartiros la catequesis con gran paciencia os dio la primera hostia en hilera. El lavadero tan angosto de este quinto piso sin ascensor, hay que ver lo que te gustaba trastear en él después de zascandilear andurrial allá, según esperabas a que en la tele echaran los dibujos y la abuela pelaba las judías verdes para la cena.

Qué aburrida me tenía este arrabal, válgame el señor, las palizas que a diario me pegaba para ir y venir de la fábrica, lo que me pesaba tener que vivir alquilada donde Cristo perdió el gorro, en este piso frío y estrecho como jaula de palomos. Y encima trabajando que ni una esclava por cuatro perras, siempre temiendo que los dueños me dieran el finiquito y no pudiéramos pagar luz ni agua.

Estoy viéndote ahora mismo, Manuel: todavía alto aunque algo menguado por la edad, fatigado por el trote y el bochorno, parando un taxi que desde el centro te acercará hasta esta barriada donde viviste de chico, hasta que terminaste la carrera y te entró el ansia de emanciparte:

—*Calle Bambú, número siete: en la Ciudad Satélite, haga el favor*

Y luego apeándote frente al portal, serio y extrañado de todo, reconociendo detalles que ya solo tú sabrás ver según pises el suelo y mires en torno. Ventanucos esmerilados. Pomos y aldabas roñosas. Anuncios de otra época que la intemperie habrá desteñido

Ningún día sin Nivea

Para juventud, belleza y lozanía, Bella Aurora cada día

Letreros raídos que no habrá vuelto a pintar nadie

Bar los Manolos, Churrería Silverio, Pesca salada Abadín

Un pedazo de la vieja acera bajo el pavimento que acabará de renovar la alcaldía.

Mira tú qué bobadas me da por rumiar. Valientes ideas se nos ocurren cuando nos hacemos viejos.

Los lugares tiran como imanes de una, Manuel, sobre todo los que nos vieron crecer de niños. Yo estoy hecha a vivir fuera de mi tierra, todo aquello queda ya lejísimos y sin embargo hay sitios que dejaron en mí señal mucho antes de que tú llegaras, detalles que cobran fuerza conforme envejezco. El eco de los lugares se agita dentro de nosotros aunque no lo queramos, incluso cuando se esfuma el de las personas que nos marcaron la vida. Por más que una olvide caras y anécdotas, ciertos rincones no se borran jamás, se quedan grabados mismamente a fuego.

Me acuerdo muy bien, por ejemplo, de la casa que los abuelos tenían en el pueblo, con aquel sobrado de piedra y tejas donde ponían las uvas y los higos a secar. De la ropa tendida en los balcones de Lavapiés cuando empecé a servir allí, con lo bien que olía a boniatos y castañas en cuanto el otoño se echaba encima. De la calle Aragón embadurnada de carbonilla la mañana en que pisé Barcelona por primera vez; tú no alcanzaste a verlo pero la calle entera era un socavón a cielo abierto, y los trenes echaban tanto humo que lo atufaban todo al pasar, untado de hollín y mugre. El expreso que me trajo de Madrid tardó veinticinco horas en cubrir el trayecto entre Atocha y la estación de Francia, se dice pronto. Al salir del vestíbulo la ciudad me pareció sucia y enorme; me da que Barcelona no debía de ser más grande que Madrid, en realidad, pero yo así me lo figuraba entonces. Qué mal lo pasé al principio y qué aterida me sentía, válgame Dios.

A todas las personas nos pasa igual: por más que olvidemos nombres y semblantes, la tierra que pisamos y el cielo que nos cobija nos acompañan mientras vivimos. A menudo basta cualquier menudencia para traértelos a las mientes, como si no hubieran pasado los años y una

estuviera sintiendo los olores y los sonidos todavía, el tacto único de las cosas. Fíjate que la otra tarde me agaché a refrescarme en la fuente de la plaza y me vino en seguida a la memoria el agua tan deliciosa que bebíamos en el pueblo. De golpe me sentí allí, frente a la iglesia de Valverde, de pie sobre los gorriones del empedrado, inclinada para saborear aquella agua tan rica que bajaba de la sierra y manaban los caños de cobre, su dejo de roca y musgo enfriando los labios. Estaba aquí, en La Satélice, como cada atardecer sentada en uno de los bancos del parque que construyeron donde se alzaba la acería al principio, rodeada de niños de muchos países a los que sus madres habían venido a buscar al salir de la escuela, también de los viejos que matábamos como fuera el rato con tal de aplazar la vuelta a casa lo más posible. En los oídos retumbaba el estruendo de autobuses y coches, y aun así yo solo oía el balar de las ovejas y el tintineo de las esquilas, mientras el pastor azuzaba a golpe de cayado al chuchito tras el rebaño. En mis tiempos el ganado dejaba perdidas de boñigas las calles, aunque nadie se molestaba ni ponía el grito en el cielo.

No te haces idea de lo aburrido y triste que es llegar a viejo, hijo. Por las noches pasan tan lentas las horas que acabas distrayendo las imaginarias con las memeces que echan por la radio, el sueño flaquea y una se desvela en mitad de la noche a trechos. A mí el balompié me trae sin cuidado, siempre me ha parecido un engañosito sin aliciente, y ahora va y resulta que no hay madrugada en la que no me trague la murga deportiva enterita, esas paparruchas que los periodistas preguntan y responden los jugadores con voz de memos. Tampoco me han ido nunca los chis-

morreos y últimamente me sé al dedillo la vergüenzas de los famosos. Hay que ver lo raros que algunos son, la de disparates que llegan a soltar con tal de darse pisto y ahuyentar el tedio.

Siempre ocurre tres cuartos de lo mismo: te pasas la noche a dos velas y luego el sueño llega cuando le viene en gana, muchas veces a la que el alba asoma por las rendijas. Al cabo de un rato te levantas renqueando y desayunas café y galletas mientras oyes el noticiero. Y después de acicalarte lo justo bajas a la calle a hacer los recados y a pegar la hebra con el primer prójimo que se ponga a tiro, tanto da que sea el vendedor de ciegos o cualquier comadre. La menor excusa basta para acabar de charleta, no importa el asunto con tal de robarle tiempo a la jornada que luego pasas apoltronada, cavilando memeces a solas en lo hondo del piso. Claro que en seguida te cansas de que te den la vara con tanto achaque y desgracia, así que vas y sueltas:

—*Vaya usted con Dios, señora fulana, ya va siendo hora de recogerse*

Y luego, cuando por fin logras subir los cinco tramos de escalera y dejas la compra en la cocina, le echas un vistazo al cuco y resulta que son solo las diez pasadas. Mecachis, Julia, te dices, sabiendo que ni el teléfono ni el timbre sonarán en lo que resta de día. De modo que tienes todo el tiempo del mundo para deshojar tus recuerdos: uno te lleva a otro sin sentirlo, y así te pierdes por veredas muy vistas. Caras y palabras sueltas, anécdotas sin sustancia, ademanes de personas que murieron o cuyo rastro perdiste, sucesos del año de la polca porque el viento se lleva los más recientes.

Es curioso, pero ahora que soy vieja pienso en mi niñez a menudo. Me he pasado la vida rehuyendo la pobreza, emigrando acá o allá y diciéndome que no tenía

enmienda tanta estrechura. Y ahora ya ves: a la primera de cambio vuelvo a ver la iglesia y su campanario a la caída del sol, las vacas abrevando en los pilones y al pastor guiando el rebaño al aprisco. Y también la casa de los abuelos, eso sobre todo. Era un poco lóbrega y humilde y helada en invierno, la verdad sea dicha. Aunque con todo y eso yo la encontraba tan bonita, toda enjalbegada por dentro y de madera y piedra por fuera; con aquellos nidos que, a la que el buen tiempo asomaba y llegaba el Corpus, las golondrinas armaban con yerba y barro en los aleros.

Cuántas veces me voy por los cerros de Úbeda, arrellanada en el sillón con *Pancho* hecho un ovillo entre las piernas, perdida sobre todo en los lugares que frecuentaba en mis tiempos. Es como si los años no hubiesen pasado por dentro: la piel se marchita y una pierde resuello pero en el fondo eres siempre una moza, siempre. Hay ocasiones en las que se me hace la mar de extraño pensar que sigo viva aunque ya tan mayor. Suele ser al despertar por la mañana o justo después de la cabezada que echo todas las sobremesas. De pronto abro los ojos adormilada y oigo el ronroneo de la tele y me digo eres tú, Julia, y te llamas así y es el día tal y estás aquí, en este piso en el que vives desde que tu Manuel vino al mundo. Madre vivió entre estos tabiques también y se arrellanaba en la butaca de enfrente, aunque se marchó ya va para treinta años. Y Manuel solía tumbarse en el sofá escarlata, justo ahí, largo como un día sin pan mientras se enfrascaba en el diario o la novela de turno.

Fuiste un niño plácido y sin picardía, aunque al llegar la mocedad te convertiste en un culo de mal asiento, demasiado quijote para mi gusto. En seguida se te metió

entre ceja y ceja que debías irte como fuera y cuanto antes de casa. Así lo hacíais entonces los de tu quinta: en cuanto la ocasión pintaba cogíais el portante y pagabais cualquier tugurio a escote, pasabais con cuatro trastos y dos perras. Siempre tuviste un poco a pájaros la cabeza, emperrado erre que erre en irte de casa y conocer otros países. Claro que quién podría haber adivinado que andados los años terminarías yéndote a Australia, por no ir más lejos.

Entonces dejo los ojos prendidos del techo y me digo: soy yo y mi nombre es Julia y estos son los muebles que compré cuando de últimas me hicieron subencargada en la empresa y pudimos poner algo curioso el piso. Qué raro que la madera de la librería y el cristal de las vitrinas estén lustrosos aún. Apenas había cumplido los cuarenta y aquí los tienes ahora, mucho más lozanos que tú. No es que el ascenso mejorase gran cosa el salario, Manuel, a qué te voy a engañar. Pero nos supo a gloria bendita porque esta covacha parecía otra cosa de pronto, con sus paredes recién estucadas y su mobiliario imitación caoba que pagaríamos letra tras letra. Es verdad que al principio ofendía un poco que oliera tanto a barniz y cola. Aunque eso era lo de menos: al fin disponíamos de algo parecido a un hogar nuestro y en paz, por vez primera en la vida.

Así que durante esos segundos que siguen al sueño voy cayendo en la cuenta de quién soy y dónde y cuándo estoy, y me digo: eres tú, Julia, pero ya tienes treinta y dos, cuarenta y uno, cincuenta y cinco, sesenta y ocho, setenta y siete, ochenta y tres años del ala. Parece mentira pero los árboles pierden sus hojas y las nubes cruzan el cielo igualito que cuando eras niña. Yo no noto gran diferencia por más que insistan en que la polución cambia el clima:

las estaciones se suceden poco más o menos como antes, y el sol brilla lo mismo allí arriba. Y sin embargo, a la que quieres darte cuenta, eres ya una mujer hecha y derecha, y en seguida una señora mayor a la que todo el mundo trata de usted aunque ya casi nadie tenga el detalle de cederte el asiento en el ambulatorio o el autobús, como era común en mis tiempos. Y al poco, sin comerlo ni beberlo, una anciana que consume la propina de la vida en un mundo que siente ajeno.

Me da por pensar en mis tiempos y entonces me vienen cual los dejé, o así lo siento al menos porque ya se sabe lo artero que es el recuerdo. El aire delgado y frío, el estrépito de los cierres metálicos, los carros traqueteando Ribera de Curtidores arriba. El ir y venir de los transeúntes por Embajadores: mancos y cojos tullidos de guerra, buhoneros y monjas de tocas blancas, fulanas y rufianes lerdos de traspasos y vino, parejas de guardias civiles intimidando con sus tricornos. El mercado de la Cebada rodeado de paradas escuálidas. El silbato de los afiladores bajo los soportales de la plaza Mayor, atrayendo a los parroquianos con sus cuchillos. Unos pocos autos de gasógeno recorriendo la calle Alcalá entre toses y carraspeos, rumbo a Cibeles.

Puedo ver también las fachadas roñosas de Barcelona. Las chimeneas de ladrillo visto que atufaban de hollín los muros. Los tranvías tintinando sus campanillas desde Balmes al Paralelo. La plaza Cataluña tomada por las palomas. La voz grabada de Pío XII resonando Diagonal alante por los altavoces, con motivo del Congreso Eucarístico. El expreso que me llevó a París, deteniéndose bajo la bóveda de hierro de la Gare d'Austerlitz. Los adoquines

del Barrio Latino empapados de lluvia. Limpiabotas en cuclillas sacando lustre a los zapatos de hombres y mujeres de mundo, retrepados en las terrazas según tomaban Campari o Pernod sin pasar apuro.

Sé que a ti te chocaba cuando yo mentaba esos sitios como si los años no hubieran pasado. Me regañabas, más bien impaciente:

—Cualquiera diría que no te fuiste nunca de allí, y eso que cuando los dejaste no había nacido yo todavía

Y a mí no me quedaba otra que decirte amén y guardar para mí mis recuerdos. La memoria me trae lances y minucias como si acabara de vivirlos, mucho más claros que las bagatelas que ayer hice. Y con ellos el aire de los seres queridos que un día se fueron: aunque no pueda verlos, los siento cerca, pegados a las bocacalles y las esquinas, a los muebles y los cachivaches que compartimos. Luego, pasados unos años, llegarán piquetas y excavadoras para alzar nuevas paredes, y no quedará nadie capaz de contar que existieron. Ni siquiera tú, que no has tenido hijos ni formado familia a pesar de las canas que peinas.

Yo estoy hecha a que las casas sigan en su sitio durante muchas vidas. La de los abuelos en Valverde vio pasar a varias generaciones de nuestra familia y allí debe de estar, todavía en pie aunque desvencijada y vacía. Mira que llevo un montón de años sin pisarla, y con todo me hace bien saber que sigue entera en la calle Larga. Como si ellos no se hubiesen ido del todo. Ni la abuela Leonor. Ni el abuelo Basilio. Ni la tía Victoria, que ya va para veinte años que falleció. Ni mi madre, desde luego, a la que me parece haber despedido anteayer por más que lleve casi treinta en el nicho. Ni tu tía Isabel, la pobre, a la que pronto hará dos que llevé a enterrar aunque era más joven que yo y tenía mejor las piernas.

Algo de esas personas queridas permanece pegado a sus objetos y a los parajes que frecuentaron, no importa cuánto te repitas que se han marchado. Y eso que todo está cambiando a trote vivo, vértigo da pensarlo. Una se figura que será capaz de hacerse a las mudanzas a medida que se vayan presentando, aunque cuando quieres darte cuenta ya has dejado pasar el tren. Antes construían las casas de piedra a fin de que duraran siglos, y ahora en cambio parecen hacerlas de escayola, no sé yo si este edificio llegará a centenario. Quién sabe si el día en que decidas volver al fin te tropezarás con uno de esos laberintos comerciales a los que la gente acude en manada. Menudo chasco.

Sé que un día, tras una ausencia de muchos años, volverás de una vez por todas. No me preguntes cómo, Manuel, pero tengo la corazonada de que así será. Y eso que a veces, cuando te da por telefonar de higos a brevas, me pides que no te maree a preguntas; que vete a saber la decisión que acabarás tomando cuando te jubilen; que ya estás hecho a vivir allí y aquí no te espera nadie, a fin de cuentas, solo esta que aún calza y viste. Ya nos veremos a poco que pinte la ocasión y pueda pasar unos días en Barcelona con la excusa de unas jornadas, madre, vienes a decirme con más rutina que convicción. Así que echo cuentas y me digo: mi Manuel no asomará más por esa puerta como las cosas no cambien, a este paso volverá chocho y viejo. Me da que sigue más solo que la una, para variar, de un amorío en otro dando palos de ciego. Seguro que nadie irá a recibirlo al aeropuerto tras una ausencia tan larga, ni siquiera habrá avisado de su retorno.

Hace años, cuando todavía vivías en España y volvías de cualquiera de tus viajes, yo estaba siempre aquí para

descolgar el teléfono las veces que llamabas diciendo soy yo, madre, cómo te encuentras, madre, el taxi acaba de dejarme en mi piso, ni el equipaje he deshecho tan solo. Con voz animosa explicabas que todo te había ido fenomenal, que cómo andaba de mis achaques, que si me tomaba las pastillas para el tiroides y la presión, que si daba mis paseos mañana y tarde y cuidaba la alimentación, que al día siguiente vendrías a almorzar como de costumbre. Claro que de la misa no me contabas la media, no vayas a creer que me chupo el dedo. Al despedirnos fingía quedarme conforme, y eso que en el fondo barruntaba que no acababan de irte bien las cosas.

Creo que jamás llegué a reconocerlo ante ti, Manuel, me daba sofoco que me encontraras ridi, pero yo cada noche le rezaba a Dios que te echara un capote: concédeme salud mientras me necesite al menos, Señor, ayúdame en las cuitas del trabajo y en las del corazón, que lo traen a mal traer a menudo. Sobre todo haz que por fin conozca a una buena mujer y deje de saltar de una en otra, que ya es hora de que siente cabeza, la criatura. A ver si de últimas me dará un nieto al que no podré sostener en brazos.

Ahora mismo es como si te tuviera enfrente: plantado ante la cola de taxis, de espaldas a las cristaleras del aeropuerto, reconociendo la humedad y el olor a yodo y sal nada más salir de la terminal, en seguida notando el bochorno agobiante bajo la chaqueta de lino. El taxista te dejará ante cualquier hotel del Barrio Gótico media hora más tarde, y un botones te guiará planta tras planta y meterá en un cuarto las maletas que desharás junto a la ventana que abrirás lo primero, bajo la solan-

era que caerá a pico. Desde la calle te llegará el rumor de la vieja ciudad, su bullebulle mezclado con el son de los músicos callejeros y el zureo de las palomas, con las gaviotas revoleando tejados y azoteas entre graznidos, con los turistas zangoloteando de un lado a otro cámara en ristre, filmándose unos a otros y sacándole fotos a cualquier bagatela.

También te veo al cabo de un rato, sentado en el borde de la cama con la camisa desabotonada y la agenda abierta sobre el regazo, repasando teléfonos de viejas amistades a las que te dará pereza llamar, justo antes de devolverle al conserje la llave y de echarte a andar sin rumbo. Qué extraño estar aquí de nuevo, pensarás parándote allá y aquí, según los pasos te lleven a los sitios que frecuentabas antaño. La plaza del Rey, donde aún estará el mazacote aquel de Chillida que no sé qué alcalde se empeñó en poner. Los pasajes atestados de cafeterías y abalorios. San Felipe Neri, con sus muescas de metralla y su fuente rumorosa en el centro, como los veneros que cuando yo era chica manaban entre las piedras. Vagarás al tuntún, distraído por los números de los artistas ambulantes, sin prisa ni apuro porque nadie sabrá de ti ni estará esperándote.

Al día siguiente cogerás temprano el taxi que te traerá hasta este andurrial a trasmano. Puedo figurármelo bien clarito: el taxi frenando junto a nuestro portal, tú apeándote torpón tras pagar la carrera, ninguna vecina percatándose de que el señor trajeado que orillará los parterres es el hijo de la señora Julia, la que vivía en el quinto segunda y murió hace un tiempo. Te acercarás de a poco por la acera donde de chico jugabas a la rayuela y los cromos, la misma que hace veinte o treinta años recorrías a paso vivo, cuando los domingos venías a almorzar y ya eras un hombre hecho. Yo te esperaba asomada

a la barandilla de la galería, entre la ropa tendida y los tientos, procurando reconocer tu andar desgarrado bajo el ramaje de la arboleda.

De modo que aquí estarás otra vez, acercándote al portal cuando yo ya no te aguarde, alto y desgachado todavía aunque bastante envejecido ya. Un par de semanas antes habrás rematado tu último curso y dicho hasta siempre a tus alumnos, y de repente no serás más que un jubilado desaliñado y canoso, empeñado en no llevar corbata ni lustrarse los zapatos.

Entonces subirás despacio la escalera hasta este quinto piso sin ascensor, y una vez frente a la puerta aguantarás las ganas de llamar al timbre como de niño solías, aunque no las de espiar la mirilla por la que la abuela, antes de abrirles, ojeaba sin rebozo a los forasteros:

—*¿Qué se le ofrece? ¡Diga!*

En aquel tiempo tenías que ponerte de puntillas para alcanzarla, no levantabas tres palmos del suelo y siempre decías que querías crecer deprisa con tal de imitarla. Valiente espectáculo si te pillan, hazte cuenta: un señor entrado en años merodeando el rellano ojo avizor, pegando la oreja a las puertas como un ratero de tres al cuarto.

Qué raro se me hace pensar que estarás aquí mismo, sentado a la mesa sobre la que ahora te escribo estas letras. Justo habrás levantado la persiana y abierto la ventana para airear la estancia, seguro que el olor a cerrado te traerá el rastro de la que fue tu casa en seguida. En eso echarás un vistazo en torno y todo se te antojará abandonado y viejo. El tapete de ganchillo que tu abuela tejió cuando podía valerle aún. El almirez de cobre junto a las figuras de loza y de cristal. El sofá

raído donde nos sentábamos tras la cena. El buró donde yo guardaba cartas y papelajos que tú husmeabas como un sabueso.

Luego recorrerás el pasillo abriendo las puertas de todos los cuartos. La del tuyo estrecho, que estrenaste poco antes de la pubertad. La del de mamá, con los mismos muebles que tuvo en vida, y los mismos marcos con sus fotos, y ese ovillo de hilo con el ganchillo clavado que dejó a medias la última vez que la ambulancia la llevó a urgencias. Al poco abrirás la del mío también, el mismo que compartimos mientras fuiste chico, y te quedarás cavilando buen rato sin cruzar el umbral, algo pasmado al principio aunque en seguida te pondrás a rebuscar la cómoda y las mesillas hasta dar con mis cosas. Bufandas. Jerséis. Pañuelos planchados y doblados con mimo. Fotos sueltas de cuando Victoria acababa de estrenar el Seiscientos y vivíamos todas aún. Este cuaderno de anillas en el que anoto mis ocurrencias. Un mazo de cartas del año de la catapum con las señas del hombre que pudo ser tu padre al dorso.

Ahora es como si estuvieras aquí, hojeando el cuaderno a mi vera: sentado en esta misma silla, de vuelta a este comedor donde de niño jugabas a solas y te pasabas la horas muertas absorto en las aventuras que Remedios te regalaba por Reyes, doblando el tapete de ganchillo y calándote las gafas de leer porque ya tendrás una edad y la vista cansada de trajinar letras. Un hombre a las puertas de la vejez que hará un hueco entre sus deberes para volver a los sitios que quiso arrumbar en vano.

Ya sabes que poner negro sobre blanco no ha sido mi fuerte nunca, Manuel. Ni se te ocurra tenerme en cuenta las faltas.

2

Tarde en la madrugada, solo unos pocos pasajeros distraemos el insomnio en la penumbra de la carlinga, las cortinillas de nailon echadas contra la troposfera helada mientras cierta comedia sonsa expira en las micropantallas y contadas lucecitas alumbran conos de ámbar dispersos. El morro del colosal Airbus engulle meridianos y paralelos sobre las tierras herrumbrosas y los cauces resecos que roturan el gran desierto rojo donde a estas horas dormitan Uluru y Kata Tjuta, inmemoriales leyendas en las que pálidos invasores de otro mundo agitan las pesadillas de aborígenes enfrascados en el Tiempo del Sueño de la remota Australia.

Hace tres horas largas que este vuelo que partió de Melbourne me devuelve sin preverlo a España, buen rato ya que las diligentes azafatas de Quantas apagaron la iluminación de cabina y el pasaje se sumió en un sopor inestable. Alrededor solo diviso cabezas y auriculares derrengados. Bultos angostados abrazando portátiles y tabletas. Quijadas y belfos caídos. Revistas y diarios esparrancados en las rodillas. Invisibles estelas de brisa tamizando el zumbido de los reactores.

Encajado a duras penas en la butaca, bajo el redondel pajizo que aísla mi vela, intento leer con tal de distraer el tiempo detenido pero las letras solo me ofrecen su opacidad, una celosía de garabatos que no descifro. Condenado al exasperante gotear de instantes, a observar el

piloto escarlata cintilando sin tregua en la punta del ala, más allá de la ventanilla por la que mis ojos escrutan remotas luciérnagas en la tiniebla maciza, hilvanes de luz que resultan en urbes o aldeas, presencias insinuadas en parte alguna. Pero mis ojos atisban en vano la noche sin luna entre irisaciones de cobre y miel, la nariz chafada contra la doble membrana de plástico según me repito que este avión me está llevando a la patria que ha mucho quise apartar. A la misma ciudad ufana. Al mismo arrabal raído. A la calle mostrenca que abrigó mis primeras aventis cuando los días no eran torrente sin riendas sino altiplano de ensueños. Por fin al quinto piso sin ascensor donde anteayer aún hubiese cabido que, tras la estridencia del timbre,

—*¿Quién es?*

tras el frufrú de sus pantuflas sobre las baldosas del corredor,

—*Ya voy*

tras esperar a este lado de la mirilla segundos que no transcurrían,

—*Espere un momento*

acudiesen a mi llamada su voz y ademán

—*Que abro en seguida*

El semblante abotargado y rendido de la mujer que fue mi madre por más señas,

—*Hijo mío querido*

entre otras cosas.

Y sin embargo la madrugada parece haberse detenido en la panza del avión que me devuelve a Europa. Quisiera pero no puedo conciliar el sueño a pesar de la media pastilla de somnífero que mezclé con la cena, igual que un

niño la noche de Reyes deseando cerrar los ojos y abrirlos en un tris al mañana. Como si el extenuante vuelo de regreso que acaba apenas de empezar no fuera a hacer escalas en Kuala Lumpur primero y en París Charles de Gaulle después. Como si el simple hecho de ajustarme el antifaz bastara para atajar las cavilaciones que no atino a domar, y así salvar la larga travesía que aún resta hasta que esta máquina aterrice y me deposite en el asfalto del aeropuerto, expectante y aterido ante su cristalera ahumada.

Entonces, tras recoger la maleta y pasar la aduana, reconoceré el aire salobre al dejar la terminal, el espolón del Tibidabo sobre las lomas rampando en torno, las palmeras que aún coronarán las haciendas levantadas hará un siglo por los indianos. Será mañana mismo, una jornada de frío otoño y cielo azul impoluto. Y en seguida tomaré un taxi que me llevará a San Ildefonso. Desde la autopista columbraré el suburbio recortándose sobre un estribo de la sierra litoral: la torre de la Miranda en primer plano, los grandes bloques de estuco y ladrillo arracimados detrás, ni un palmo de tierra sin alquitranar en los antiguos descampados por los que le tomaba el pulso al mundo de mozalbetes. Al poco, tras salvar un dédalo de carriles, el taxi se abrirá paso entre cañaverales y labrantíos, orillará miasmas y acequias, huertos ilegales cercados de herrumbre, torres de alta tensión zumbando entre las ortigas, sobre pilares de hormigón rotulados con exabruptos zafios

Puigpadró, cabrón, trabaja de peón

y epigramas lascivos

Y yo me la tiré en el río creyendo que era tontuela

Con apocalípticas jeremiadas

O salvem això o toquem el dos

Y líricas efusiones fechadas bajo corazones de tiza

De por qué te estoy queriendo no me pidas la razón

Con exigencias de lesa justicia pintadas hace la tira

Llibertat, amnistia, estatut d'autonomia

y ya desvaídas sobre el rudo cemento.

Tras el telón de los párpados, los ojos abiertos de par en par, puedo evocar los primeros edificios del arrabal, el terruño que tal vez fue aunque mañana no será ya el que entre brumas recuerdo. Factorías de uralita tiznadas de hollín. Camiones rezongando frente a hangares ariscos. Ajadas casuchas atestadas de geranios y ladridos. Calzadas de tierra bordeadas de aceras ensartadas por postes de luz torcidos. Travesías, avenidas, pasajes maleficiados por venales próceres y salvapatrias. Solares yertos donde la maleza medraba en torno a redondeles chamuscados por las hogueras que alzábamos al llegar San Juan los chicos. Entonces, siguiendo el derrotero de mi dedo índice,

—Ahora caigo, es por ahí

el taxista me llevará hasta el enjambre de colmenas que llamábamos «La Satélite» los recién llegados. Al instante reconoceré las callejas y las fachadas macilentas. Los mismos cirros cruzando igual que otrora el cielo, aunque ya no chirríen las grúas ni martillen los escoplos

ni se otean los yermos donde jugábamos al escondite, a churro mediamanga mangotero y a tocar y parar, al paleta y al trompo y a guá y a pita: descampados de abrojos y arcilla que acogían nuestras epopeyas sin brújula ni sextante.

Mañanas límpidas que los chicuelos pasábamos embriagados de juego, tardes detenidas entre las quebradas de tocho y porlan que en un santiamén volveré a pisar

—Pare aquí, si es tan amable, que así ando un trecho y muevo un poco las piernas

sintiendo que el paisaje será y no será al mismo tiempo. Parados y pensionistas paseando su semblante abatido. Afanosas amas de casa sorteando furgones y carretillas. La dentadura mellada del vendedor de ciegos al que una raya a ras de oreja partía el pelo pringado de brillantina:

—Dos iguales para hoy

El repique acampanado de las bombonas de butano que barajaba con pericia ingrátida el repartidor. La mole negruzca de la acería que desguazaron al poco de yo partir, se conoce.

E incluso, si la suerte acompaña, reconoceré la algarabía de contrapuntos y fugas que todavía armarán periquitos y canarios desde sus cárceles de alpiste. La melopea de radios y transistores entre la ropa tendida al viento. El aroma de bravas y berberechos que emanará la taberna en cuya barra de cantos cobrizos podría haber llegado a acodarse aquel treintañero que al caer la tarde, bastante después de que a lo lejos aullaran las sirenas de las factorías, nunca volvía mezclado con las cuadrillas de obreros, sus rostros verjurados surgiendo de la nada en que moría el bloque. La calle que a esa hora solo ocupábamos los rapaces poblándose de voces y presencias de pronto: un

goteo de hombrones que iban doblando la esquina del fondo, presurosos y taciturnos, junto al penacho de humo que azuzaba en su garito el churrero.

Durante un par de segundos creeré oír incluso el chifido del afilador de cuchillos trazando arabescos contra el cielo, Elena Francis asperjando su melaza entre los panales grávidos de camisones y plantas, quizá hasta la marcha nupcial de Mendelssohn

Lave su ropa con Persil

escanciada al unísono por una legión de diales. Una íntima cacofonía que nadie oirá excepto yo durante el breve paseo que me llevará del mercado a la travesía donde transcurrían sin tiempo los días, al mismo azulejo encastrado en el mortero

Calle Bambú

que acotaba el país de mis descalabros. Remontaré la acera sin prisa, escudriñando minúsculos signos de ayer. Las mismas baldosas moteadas bajo los alféizares enrejados. La misma siniestra calavera en una chapa devastada de herrumbre, dos tibias en aspa rubricando la temible admonición

No tocar, peligro de muerte

Gárgolas de hierro basto atalayando el futuro. Las mismas poleas oxidadas con que los inmigrantes de Al-Andalus y Finisterre izaban sus cachivaches.

Serán no obstante distintas las ventanas de pevecé cegando los lavaderos, las persianas de plástico beis en vez de las de verde madera, los numerosos semblantes mesoamericanos, norafricanos y extremoasiáticos que a esa hora pulularán entre las celdillas iguales. Muy distintos el colmado paquistaní y la carnicería *jatal*

*cúrcuma, harissa, arroz basmati,
semillas de cardamomo*

y el locutorio habilitado para conjurar trasmundos, justo en el bajo cuyos tabiques acogieron mi antigua escuela. Todavía recuerdo el modesto rótulo encolado al dintel, los exóticos apellidos que los advenedizos pronunciábamos a duras penas

*Colegio Vilar dell-Arguimbau
Enseñanza primaria
Clases de repaso*

Unos pasos más me arrimarán al portal contra el que rompía el último sol de la tarde, justo bajo el número

7

anejo a la placa del Instituto Nacional de la Vivienda, junto a las flechas y el yugo podía leerse

*1960
Vivienda de protección oficial*

Allí donde las chavalas saltaban las gomas mientras los chavales trabábamos encendida amistad:

—Oye, tú, ¿*me juntas?*

O palmeábamos los cromos sobre los escalones por los que ascendían a su misterio los hombrachos que al anochecer volvían de sus faenas:

—*Te junto*

Allí donde nos zurrábamos de vez en vez la badana con justiciero afán, o despejábamos la incógnita del mundo en los ratos de calma, absortos en una jerigonza de palabros. Según armaban *tocho* a *tocho* los bloques vecinos, por ejemplo, aupados a los andamios que izaban sin tregua, los *paletas* se echaban la *barrecha* al coleteo antes de que llegase la hora de *plegar*. Los vecinos solían decir *ya vengo* cuando querían decir *ya voy*. O afirmar que *tenía cara y ojos* una cosa bien parida. O proclamar de alguien marcado por la buena estrella que había nacido *con la flor en el culo*. La directora del colegio Vilardell-Arguimbau, por su parte, nos llamaba *bufones* y *canalla* cada vez que se traducía al castellano impuesto a sangre y decreto, justo antes de darnos suelta para que revoleásemos la *baldufa* o saltásemos la *charranca* a la pata coja en el ansiado recreo.